

luego su alma evanescente se libera de todo contacto impuro, y se pierde majestuosa en el horizonte, dejándonos absortos ante una magnificencia de hogueras de otoño y de irisación crepuscular.—DAVID PERRY B.

 <https://doi.org/10.29393/At193-16SMLD10016>

LA SUGESTIÓN DE LA MONTAÑA, Poemas de *Estela Miranda*.
Nascimento. Santiago 1941

Como un recuerdo que llega desvanecido por la distancia, canta Estela Miranda su inquietud interna. No hay en ella exaltación ni ímpetu de embriaguez lírica, porque su temperamento la induce a recogerse para oír la ensordinada voz de su sensibilidad poética cuando le musita su canción. Los pájaros, el viento, las aguas corrientes, los árboles y hasta ese secreto recóndito e inaccesible de las piedras la hacen pensar dulcemente en la belleza que encierran, y, que ese don divino del poeta, trata de sorprender, así como el visionario busca la veta maravillosa perdida entre las rocas abruptas y erizadas de peligros.

Estela Miranda se siente atraída por esa misteriosa belleza que tiene el alma de las cosas. Está siempre en actitud de ensueño y de pronto como si despertara de su divagación interna habla todo aquello que le está vibrando en el ser y lo va exteriorizando en armonías que llevan una gotita de disimulada tristeza. Da la impresión de que sin darse cuenta antropomorfiza el paisaje y entonces conversan los árboles con el estero, los pájaros con el viento, la piedra con el viajero indiferente que no advierte su inmutable angustia de siglos:

El bosque, como el mar,
nunca calla del todo ni en el día más claro.
Ese rumor que viene y que se aleja y que vuelve otra vez,
confuso y leve,
es el decir fantástico
que no han logrado comprender los hombres.

Ese humano acento que le concede a la naturaleza surge de su sueño poético, porque hay en ella una zona de soledad para su alma, que no encuentra quizá, en la naturaleza humana, toda la sincera efusividad de sus anhelos. Y entonces sin amargura busca ese secreto ideal de la armonía que sin duda existe en todo el inmenso ámbito del universo. Cree que hay en todo una existencia animada que no puede substraerse al influjo de una fuerza vital. Así cuando habla de las piedras que hay en los caminos:

Cuando se agrupan en montones
bajo el sol encendido,
o en la falda del cerro se detienen
como viajeros indecisos,
no es que sean pedruzcos ignorados
sin vida de recuerdos ni destino;
es que en voz baja se hallan conversando
de todo lo que han visto...

Cada persona lleva en lo interno un secreto que jamás confía a nadie. Ya sea una aspiración, una obsesión o un ideal que su timidez le impide dirigir por el camino de su anhelo. Conocemos a la autora de la «Sugestión de la Montaña» y en ella encontramos a otro ser distinto de este que se manifiesta en el artista. Alegre, charladora y bromista, Estela Miranda en su verso se transforma, seguramente en lo que es, sin esconderse tras de apariencias. Hay en sus poesías una especie de evasión de la vida que la circunda. Como si quisiera olvidar de que es de carne y hueso y que impulsada por una obsesión, esconde su sentido humano para descubrir un alma distinta e ignorada que no halla a su alrededor. Pero de pronto una luz la traspasa; se hace carne en su espíritu, y solo en ese instante se siente presa de aquello que le circula en las venas con ansiedad permanente:

Para ti solamente,
escribiría estrofas,
aunque por siempre hubieran de quedarse
sin que tú las conozcas.

Llevadas al color,
darían el azul de las montañas,
el blanco deslumbrante de las nubes,
y el verdor de las olas.

Y dichas en la música,
no sé que extrañas notas
de cadencias profundas y lejanas,
llamaradas y sombra...

Sentido de expresión
que ha de quedarse sin que tú lo conozcas.

Es la voz rebelde que surge de su sensibilidad, abandonando su envoltura de silencio. El ensueño humano que toca el corazón y lo saca atropelladamente de su acompasado latir. Y Estela Miranda dice esta vez su secreto. Ese secreto que entibia y perfuma su ilusión de mujer.—LUIS DURAND.